

llamado aquella escena, desapareció entre la espesura del bosque.

Cuando Diana volvió en sí, ambos viajeros, sin dirigirse una sola palabra, continuaron su camino hacia el castillo de Thierry.

## CAPÍTULO XIX

El rey Enrique III no tiene á bien convidar á almorzar á Crillon, y Chicot se convida á si mismo.

En la mañana siguiente al día en que ocurrieron los sucesos del bosque de la Fère, de los cuales hemos dado cuenta á nuestros lectores en el capítulo precedente, el rey de Francia salía del baño, y su ayuda de cámara, después de cubrirlo con una manta de finísima tela y de haber enjugado su cuerpo con dos magníficas toallas de Persia, abandonó el puesto á los peluqueros y perfumistas, los cuales lo cedieron á los cortesanos.

Luego que éstos salieron á su vez de la real cámara, el rey Enrique mandó llamar á su mayordomo, al cual dijo que sentía algún apetito, y que por lo tanto quería tomar alguna cosa más confortable que la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

taza de caldo con que se desayunaba todas las mañanas.

Esta buena noticia, que circuló en el interior del Louvre con la mayor rapidez, produjo en los habitantes de él una verdadera alegría. Poco después de haber sido comunicada por el rey á su mayordomo, y cuando principiaba á salir de las cocinas el grato olor de las viandas que habían de servir para el almuerzo del rey, el coronel de guardias, monsieur Crillon, se presentó en la cámara de Enrique para recibir sus órdenes.

— Á fé mía, buen Crillon, le dijo el rey, que en cuanto á esta mañana podrás cuidar de la seguridad de nuestra persona del modo que mejor te plazca; pero te ruego que por cuanto hay en el mundo no me obligues á dictar la más insignificante providencia, porque me he levantado hoy de buen humor, y además, tengo hambre, amigo mío, un hambre deliciosa, ¿lo entiendes?

— Lo entiendo, señor, contestó el coronel de guardias, lo entiendo tanto mejor, cuanto que por mi parte siento también un mediano apetito.

— ¡Oh! eso no es nuevo en tí, Crillon, dijo el rey soltando una carcajada; tú siempre tienes hambre.

— No siempre, señor, V. M. exagera algún tanto; yo no tengo ganas de comer más que tres veces al día. ¿Y V. M.?

— ¡Ah! yo sólo una vez al año, y sobre todo, cuando recibo buenas noticias.

— ¿Según eso habéis recibido buenas noticias? Me alegro tanto más, cuanto que, si no me equivoco, escaseaban mucho de algún tiempo á esta parte.

— Así es la verdad, Crillon, pero ya sabes aquel proverbio.

— ¡Ah! sí: « Cuando escasean las noticias señal que se han de recibir buenas. » ¿No es esto? Yo confío poco en los proverbios, señor, y en éste menos que en otro alguno. ¿No sabéis nada de Navarra?

— Nada.

— ¿Nada?

— Absolutamente nada, lo cual me prueba que aquello está tranquilo.

— ¿Y de Flandes?

— Tampoco sé nada.

— ¿Nada? Eso prueba que allí se baten perfectamente. ¿Y de París?

— Tampoco.

— Lo cual quiere decir que se conspira á las mil maravillas.

— ¡Bah! niñadas, Crillon, niñadas; y á propósito de niños, ¿sabes que voy á tener uno?

— ¡Vos, señor! exclamó Crillon lleno de sorpresa.

— Sí, la reina ha soñado esta noche que estaba en cinta.

— De todos modos, señor...

— ¿Qué?

— Me llena de satisfacción el saber que os habéis levantado hoy con buen apetito, y con permiso de V. M. voy á retirarme.

— Adiós, Crillon, adiós.

— ¡Diablo, bien podía V. M. convidarme á almorzar, ya que se siente tan bien dispuesto!

— ¿Por qué, Crillon?

— Por que dicen que V. M. se mantiene del aire del tiempo, lo cual le hace enflaquecer, porque el aire no es bueno, á lo menos así á secas, y yo quiero poder contestarles: « ¡Cuerpo de Cristo! Esas son puras calumnias: el rey come ni más ni menos que todo fiel cristiano. »

— No, Crillon, no, al contrario; deja que crean lo que les acomode; á la verdad, más vergüenza me daría el comer como un cualquiera delante de mis súbditos, porque has de tener entendido, Crillon, que un rey debe conservarse siempre en una situación poética, y sólo debe aparecer con magnificencia y aparato. Y sino, te citaré un ejemplo.

— Ya escucho, señor.

— Acuérdate del rey *Alexander*.

— ¿De qué rey *Alexander*?

— De *Alexander Magnus*. Es verdad, que tú no sabes latín. Pues como iba diciendo, Alejandro gustaba mucho de bañarse delante de sus soldados, porque Alejandro era hermoso y bien formado, lo que hacía que le comparasen con Apolo y hasta con el mismo Antinóo.

— ¡Ah! señor, exclamó Crillon, hariais el mayor desatino en imitarle bañándoos delante de los vuestros, porque estáis muy flaco.

— Anda, anda, Crillon, le dijo Enrique dándole una palmada en el hombro, eres un excelente animal; tú no me adulas, no, no eres como los cortesanos, amigo mío.

— Tampoco me convidáis á almorzar, dijo Crillon riendo con sinceridad, y despidiéndose del rey, más bien contento que disgustado, porque el golpecillo

en el hombro había sustituido á la falta de desayuno.

Crillon se marchó, y pusieron la mesa al momento.

El repostero se había excedido á sí mismo; cierta pepitoria de perdices con *puré* de trufas llamó desde luego la atención del rey, cuyo apetito se había estimulado ya con algunas docenas de riquísimas ostras.

Por esta vez se había olvidado el caldo de costumbre con que el monarca solía confortarse. En vano dirigió sus grandes ojos á su taza de oro; sus ojos mendicantes, como hubiera dicho Teófilo, no obtuvieron nada de S. M.

El rey comenzó el ataque por la pepitoria de perdices.

Llegaba al cuarto bocado de este exquisito plato, cuando sintió pasos que se deslizaban ligeramente sobre el pavimento; una silla rechinó rodando, y una voz harto conocida para S. M. dijo con acento brusco:

— ¡Un cubierto!

El rey volvió la cabeza exclamando:

— ¡Hola, Chicot!

— El mismo.

Chicot, volviendo á sus mañas de costumbre, tomó asiento francamente, cogió un tenedor, y echando limón en la misma fuente de las ostras, comenzó á engullirse las mejores sin añadir una sola palabra.

— ¡Tú aquí ya de vuelta! exclamo Enrique.

— ¡Chit! contestó Chicot con la boca llena y haciendo una señal con la mano.

Y se aprovechó de esta exclamación del rey para atraer hacia su plato la pepitoria de perdices.

— ¡Alto ahí, Chicot! ¡Ese es mi plato! exclamó

Enrique alargando la mano para detener el movimiento usurpador.

Chicot y su príncipe partieron como hermanos, llevándose cada uno la mitad.

Luego se sirvió una buena dosis de vino; de la pepitoria se pasó á una empanada de atún; de la empanada á unos cangrejos rellenos, engulléndose al fin, y como en desquite, una gran taza del famoso caldo real. Luego, dando un suspiro de plenitud, exclamó :

— Se me ha pasado el hambre.

— ¡Ya lo creo! ¡Pardiez, amigo Chicot!...

— ¡Hola!... Buenos días, mi rey : ¿cómo te va? Te encuentro hoy de semblante un poco alegre.

— No hay tal cosa, Chicot.

— Y admirables colores.

— ¡Hem!

— ¿Estás en tí?

— ¡Diablo!

— Entonces te haré mi cumplimiento.

— Lo cierto es que me encuentro dispuesto como nunca.

— Tanto mejor, rey mío : pero tu desayuno no debía concluir con eso; te faltan aún algunas golosinas.

— Aquí hay cerezas confitadas por las señoras de Montmartre.

— Tienen demasiado azúcar.

— Nueces rellenas de vino de Corinto.

— ¡Quita allá! ¿Dónde han dejado los pepinos en vino?

— Eres muy descontentadizo.

— Es que á fé de hombre de honor, veo que todo se va adulterando, hasta el arte culinario, y que en tu corte se vive cada vez peor.

— ¿Se vive mejor en la del rey de Navarra? preguntó Enrique riéndose.

— No diré que no.

— Entonces debe haber habido gran mudanza.

— ¡Oh! En cuanto á eso no creo poder decir otro tanto, amado Enrique.

— Háblame un poco de tu expedición, que con eso me distraeré algún tanto.

— De buena gana : precisamente no he venido con otro objeto. ¿Por dónde quieres que empiece?

— Por el principio. ¿Cómo has hecho el viaje?

— ¡Oh! Fué un verdadero paseo.

— ¿No has tenido alguna incomodidad en el camino.

— Hice un viaje de damas.

— ¿Y malos encuentros?

— ¡Vaya, vaya! ¿Por ventura se atrevería nadie á mirar al soslayo á un embajador de S. M. Cristianísima? Tú calumnias á tus súbditos, hijo mío.

— Decía esto, añadió el rey lisonjeado de la tranquilidad que reinaba en sus dominios, porque no llevando el carácter oficial, ni siquiera aparente, podías correr algún peligro.

— Pues, yo te digo, Enrique, que tienes el reino más encantador de todos los reinos : á los viajeros se les mantiene gratis; se les hospeda por amor de Dios; no caminan sino por flores, y las carreteras están alfombradas de terciopelo con franjas de oro; parece increíble, pero es así.

- En fin, tú estás contento, ¿no es verdad, Chicot?
- Encantado.
- Ciertamente que mi policía está muy bien montada.
- ¡No puede estar mejor! Es preciso hacerte esa justicia.
- ¿Y los caminos seguros?
- Como el del cielo; no se encuentran más que ángeles que pasan cantando las alabanzas del rey.
- Chicot, volvamos á Virgilio.
- ¿Á qué pasaje de Virgilio?
- Á las Bucólicas. *¡O fortunatos nimium!*
- ¡Ah! muy bien. ¿Y por qué esa excepción en favor de los labradores, hijo mío?
- ¡Válgame Dios! Porque no sucede lo mismo en las ciudades.
- Lo cierto es, Enrique, que las ciudades son unos centros de corrupción.
- Apelo á tu testimonio: tu andas quinientas leguas sin tropiezo.
- Sí por cierto, pero en andas.
- Y yo voy solamente á Vincennes, que son tres cuartos de legua...
- ¿Y qué?
- ¡Y qué! Que á poco más me asesinan en el camino.
- ¡Bah, bah, bah! exclamó Chicot.
- Yo te lo contaré, amigo mío; me parece que voy á mandar imprimir la relación circunstanciada de este suceso: sin mis cuarenta y cinco, á estas horas estaba tan muerto como mi abuelo.
- ¡De veras! ¿Y dónde ha sucedido eso?

- Querrás decir dónde debía suceder.
- Sí.
- En Bel-Esbat.
- ¿Cerca del convento de nuestro amigo Gorenflot?
- Justamente.
- ¿Y cómo se ha portado nuestro amigo en esa ocasión?
- Admirablemente, Chicot: como de costumbre; yo no sé si por su parte habría oído decir alguna cosa, pero en vez de roncar como hacen á esa hora todos mis frailes holgazanes, estaba de centinela en su balcón, mientras que toda la comunidad guarnecía la carretera.
- ¿Y no ha hecho nada más?
- ¿Quién?
- Don Modesto.
- Me ha bendecido con esa majestad que le es característica, Chicot.
- ¿Y sus frailes?
- Dijeron viva el rey á voz en grito.
- ¿Y tú no has advertido ninguna otra cosa?
- ¿Qué había de advertir?
- Que llevasen algún arma debajo de su coraza.
- Iban perfectamente armados, amigo Chicot. Y he ahí donde yo reconozco la previsión del digno prior; he ahí por qué yo he calculado: este hombre lo sabía todo, y sin embargo, este hombre no ha dicho una palabra ni me ha preguntado nada; no ha venido, como Epernón, al día siguiente á saquearme todos mis bolsillos diciéndome: Señor, por haber salvado al rey.
- ¡Oh! En cuanto á eso, era incapaz de hacerlo;

además de que sus manos no entrarían en tus bolsillos.

— Chicot, no hay que burlarse con don Modesto, que es uno de los grandes hombres que honrarán mi reinado; y más te digo, que en la primera ocasión le haré obispo.

— Y harás muy bien, rey mío.

— Advierte una cosa, Chicot, dijo el rey tomando el aire pensativo: cuando sale de las filas del pueblo un hombre sobresaliente es completo; nosotros los caballeros adquirimos ciertas virtudes y ciertos vicios de familia ó de raza que nos colocan en la clase de especialidades históricas. Así, por ejemplo, los Valois son finos y sutiles; valientes pero desidiosos: los Loreneses son ambiciosos y avaros, con ideas de intriga y de movimiento: los Borbones son sensuales y circunspectos, pero sin ideas propias, ni fuerza, ni voluntad; vé más bien á Enrique; cuando la naturaleza por el contrario forma de primera mano á un hombre nacido de la nada, no emplea más que su finísimo barro; así ves que tu Gorenflot es completo.

— ¿Lo crees así?

— Sí; sabio, modesto, valiente, astuto, materia apta para cualquiera cosa; lo mismo se podía hacer de él un general de ejército, que un ministro ó un papa.

— ¡Ta, ta, ta! ¿Adónde vais á parar, señor? si el bravo os oyese, no cabría en sí de hueco, pues por más que digáis, es muy orgulloso el prior don Modesto.

— ¡Eres envidioso, Chicot!

— ¡Yo, señor! Dios me libre! ¡Envidia!... ¡Vade retro! No hay pasión más villana.

— ¡Oh! yo soy muy justo; la nobleza de sangre no me fascina: *¿stemma, quid faciunt?*

— ¡Muy bien! ¿y eres tú el que decías, rey mío, que por poco te hubieran asesinado?

— Sí.

— ¿Y quiénes?

— ¿Quiénes habian de ser? Los de la Liga.

— ¿Y cómo va la Liga?

— Siempre lo mismo.

— Lo cual quiere decir cada vez mejor, ¿engorda, engorda, amado Enrique?

— ¡Oh! los cuerpos políticos que engordan demasiado siendo jóvenes, no viven mucho; hacen como los niños, Chicot.

— ¿Conque tú estás contento, hijo mío?

— Así, así.

— ¿Te encuentras en el paraíso?

— Sí, Chicot; esta mañana cuando te he visto entrar he sentido un exceso de gozo.

— *Habemus consulem facetum*, como decía Catón.

— ¿Tú traes buenas noticias, no es verdad, hijo mío?

— Ya lo creo.

— ¡Y me estás fastidiando con esa calma!

— ¿Por dónde quieres que empiece, rey mío?

— Ya te lo he dicho, por el principio; pero no haces más que divagar.

— ¿Quieres que empiece desde mi salida?

— No: ya me has dicho que el viaje fué de lo mejor, ¿no es verdad?

— Ya ves que vuelvo como si tal cosa, á lo menos así lo presumo.

— Sí, pero veamos la llegada á Navarra.

— Ya estamos.

— ¿Qué hacía Enrique cuando llegaste?

— Hacía el amor.

— ¿Á quién? ¿Á Margarita?

— ¡Ah! No.

— Eso me hubiera admirado. ¡Conque continúa siendo infiel á su mujer, el muy ladino, infiel á una princesa de Francia! Afortunadamente ella sabe corresponderle. Y cuando tú llegaste, ¿cómo se llamaba la rival de Margarita?

— Fosseuse.

— Una de Montmorency. Vamos, no es tan mala para ese oso bearnés. Aquí se hablaba de una labradora, de una jardinera, de una aldeana.

— ¡Oh! todo eso es muy viejo.

— ¿Conque Margarita vive engañada?

— Cuanto puede serlo una mujer.

— ¿Y está furiosa?

— Rabiosa.

— ¿Y trata de vengarse?

— Yo lo creo.

Enrique se frotó las manos con un gozo sin igual:

— ¿Y qué piensa hacer? exclamó riéndose. ¿Va á revolver el cielo y la tierra, á echar España sobre Navarra, Artois y Flandes sobre España? ¿Ó vá á llamar á su hermano Enrique contra su marido Henriot, eh?

— Es posible.

— ¿Tú la has visto?

— Sí.

— ¿Y qué hacía cuando la dejaste?

— ¡Oh! eso sí que no puedes adivinarlo.

— ¿Se disponía á tomar otro amante?

— Se disponía á ser partera.

— ¡Cómo! ¿Qué significa esa palabra, ó es tal vez una versión antifrancesa? ¿Equívoco tenemos, Chicot? ¡Cuidado con los equívocos!

— No por cierto, rey mío. ¡Qué diablo! Sabemos demasiada gramática para hacer equívocos, tenemos demasiada delicadeza para decir despropósitos, y demasiado amor á la exactitud para haber querido expresar otra idea. No, rey mío; bien he dicho, partera.

— ¿*Obstetrix*?

— *Obstetrix*, sí, rey mío; *Juno Lucina*, si te agrada más.

— ¡Señor Chicot!

— ¡Oh! mueve tus ojos cuanto quieras; te digo y te repito que tu hermana Margarita estaba disponiéndose para asistir á un parto cuando yo salí de Nerac.

— ¿Por su cuenta? exclamó Enrique poniéndose pálido. ¿Margarita tendrá hijos?

— No, no, por cuenta de su marido; tú bien sabes que los últimos Valois no tienen la virtud prolífica, no son como los Borbones.

— Así, Margarita partea, verbo activo.

— Todo lo más activo que puede ser.

— ¿Y á quien partea?

— Á la señorita Fosseuse.

— Á fé mía, no entiendo una palabra, dijo el rey.

— Ni yo tampoco, dijo Chicot, pero yo no me he

comprometido á hacerte comprender, sino á decirte lo que hay.

— Pero sólo á la fuerza puede ella haber consentido en semejante humillación.

— Ciertamente ha habido lucha, pero desde el momento en que hay lucha hay inferioridad de una parte ó de otra : mira á Hércules con Anteo, mira á Jacob con el ángel; pues bien, todo consiste en que tu hermana ha sido menos fuerte que Enrique.

— ¡Pardiez que me agrada de veras!

— ¡Mal hermano!

— ¿Y se aborrecerán de muerte?

— Creo que en el fondo no se adoran.

— ¿Y en la apariencia?

— Son los mejores amigos del mundo, Enrique.

— Sí, pero el mejor día vendrá algún nuevo amor á indisponerlos completamente.

— ¡Pues bien! Ese nuevo amor ya ha venido, Enrique.

— ¡Bah! ¡bah!

— Sí, formalmente, ¿pero quieres que te diga el recelo que tengo?

— Sí.

— Pues recelo que ese nuevo amor, en lugar de indisponerlos, los reconcilie.

— ¿Conque hay en efecto nuevo amor?

— Sí, por cierto.

— ¿Del Bearnés?

— Del Bearnés.

— ¿Por quién?

— Espera, tú quieres saberlo todo, ¿no es verdad?

— Sí, habla, habla, Chicot, y cuéntamelo todo.

— Gracias, hijo mío; pues si quieres saberlo todo, es menester que volvamos al principio.

— Haz lo que gustes, con tal de que seas breve.

— Tú habías escrito una carta feroz al Bearnés.

— ¿Y cómo sabes eso?

— ¡Toma! porque la he leído.

— ¿Y qué te parece?

— Que sí no era un paso delicado el mandarla, por lo menos se había necesitado astucia para escribirla.

— Debía indisponerlos.

— Sí, en el caso en que Enrique y Margarita hubiesen sido cónyuges ordinarios, esposos de buena fé.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que el Bearnés no es ningún bruto.

— ¡Oh!

— Y que ha adivinado.

— ¿Qué ha adivinado?

— Que tú querías malquistarle con su mujer.

— Eso estaba claro.

— Sí, pero lo que no estaba tan claro era el fin con que querías malquistarlos.

— ¡Diablo! ¡el fin!

— ¡Sí! ¿Pues no fué á creer ese Bearnés condenado que al indisponerle con su mujer no tenías más objeto que el no pagar á tu hermana la dote que le debes?

— ¿Sí, eh?

— Sí, ahí tienes lo que se le ha metido en la cabeza á ese Bearnés del diablo.

— Prosigue, Chicot, dijo el rey aturdido. ¿Y qué más?

— Apenas hubo adivinado esto se puso como tú estás ahora, triste y melancólico.

— ¿Qué más, Chicot, qué más?

— Entonces se distrajo de su distracción, y casi dejó de amar á Fosseuse.

— ¡Bah!

— Como te lo digo; entonces ha cedido á ese otro amor de que te hablaha.

— ¿Luego ese hombre es un persa, un pagano, un turco que practica la poligamia? ¿Y qué ha dicho Margot?

— Esta vez, hijo mío, vas á quedarte admirado; Margot se alegró infinito.

— De la desgracia de Fosseuse, lo coneibo muy bien.

— No por cierto, se ha alegrado por su propia cuenta.

— ¡Hola! ¿Conque ha tomado el gusto al oficio de partera?

— ¡Ah! esta vez no será partera.

— ¿Pues qué será?

— Madrina; su marido se lo ha prometido, y aun á estas horas están repartidos ya los dulces.

— Pero no los habrá pagado de su peculio.

— ¿Lo creéis así, rey mío?

— Sin duda, porque por mí no tendrá ese peculio. ¿Pero cuál es el nombre de la nueva querida?

— ¡Oh! es una persona muy hermosa y muy fuerte, muy capaz de defenderse si la atacan.

— ¿Y se ha defendido?

— ¡Cáspita si se ha defendido!

— ¿De suerte que Henriot ha sido rechazado con pérdida?

— Al principio.

— ¡Ah! ¡ah! ¿Y luego?

— Enrique se obstinó y volvió á la carga.

— ¿Y qué sucedió?

— Que la tomó.

— ¿Cómo?

— Á la fuerza.

— ¿Á la fuerza?

— Sí, con petardos.

— Con petardos. ¿Y quién es esa bella que es tomada con petardos?

— Es la señorita Cahors.

— ¿La señorita Cahors?

— Sí, una joven hermosa y arrogante, que pasaba por doncella como Perona, la cual tiene un pie sobre el Lot y el otro sobre la montaña, y cuyo tutor es, ó más bien, era Mr. de Vesins, uno de tus buenos amigos.

— ¡Pardiez! exclamó Enrique furioso. ¡Mi ciudad, mi ciudad ha sido tomada!

— Como no quisiste dársela después de habérsela prometido, se ha decidido á tomarla. Pero á propósito, aquí tienes una carta que me ha encargado te entregue en mano propia.

Y sacando Chicot una carta de su bolsillo la entregó al rey.

Enrique la había escrito después de la toma de Cahors, y terminaba con estas palabras:

*Quod mihi dixisti profuit; multum cognosco meos devotos; nosce tuos; Chicotus cætera epedit.*

Lo cual significaba :

« Me ha sido muy útil lo que me dijiste; conozco bien á mis amigos, conozco á los tuyos; Chicot te dirá lo demás. »

## CAPÍTULO XX

Cómo después de haber recibido Enrique noticias del Mediodía, las recibió del norte.

El rey, ciego de cólera, apenas pudo leer la carta que Chicot acababa de entregarle.

Mientras que descifraba el latín del bearnés con crispaciones de impaciencia que hacían temblar el pavimento, Chicot, delante de un magnífico espejo de Venecia, admiraba su apuesto continente y las gracias infinitas que su persona había tomado desde que vestía el uniforme militar. Y decimos infinitas, porque jamás Chicot había parecido tan grande; su cabeza, algo calva, estaba cubierta con un yelmo cónico á la manera de esos capacetes alemanes que con tanta curiosidad se cincelaban en Tréveris y en